

Un día, acabada de comulgar, oí que me decía en lo interior de mi alma: Hija, mucho me ofenden las culpas de todas las criaturas, pero las de mis ministros no puedo sufrirlas. Ve, hija mía a tal casa y hallarás a uno de mis ministros cometiendo una culpa y lleva así muchos años. Ve y dile de mi parte que enmiende su vida. Sentí tanto dolor y tristeza con esto que oí, que pensé que era el enemigo quien me estaba engañando, y con esa consideración intentaba tranquilizarme, pero era en vano porque cada vez estaba más afligida y con mayores ansias de ir a aquella casa.

Me levanté fuera de mi y fui al lugar que me habían indicado, entré en una sala y hallé a un sacerdote teniendo relaciones sexuales con una mujer, en una mesita estaba un crucifijo, lo tomé, me puse de rodillas arrimada a ellos llorando y les dije: Mirad hermanos míos de mi corazón, cómo tenéis a nuestro amado Dueño con vuestras culpas, de parte de Dios os digo que os enmendéis y hagáis penitencia de ellas.

El eclesiástico salto de la cama y con un cuchillo en la mano me dijo: Ahora verás cómo pagas tu atrevimiento al entrar aquí, tu vida la vas a perder y maldiciéndome mucho intentó asestarme el cuchillo, pero entonces habló el crucifijo que tenía en la mano y dijo: mira como me tienen tus culpas. Se quedó con el brazo levantado, arrojó el cuchillo y postrado ante el Señor lloraba pidiendo perdón, ella también pedía perdón y le dieron palabra al Señor de que no volverían a pecar.

Ella dio su palabra de que se haría religiosa y ambos querían arrodillarse ante mí para pedirme perdón pero salí corriendo llorando de gozo y dándole gracias a Dios por las maravillas que hace con sus criaturas sin atender nuestras maldades.

Al cabo del tiempo me enteré que ella entró a un convento de Teresitas en Sevilla, el vino al Beaterio para pedir consejo, le pedí que buscara un buen director espiritual, le contara su vida y se sujetara a su dictamen para alcanzar el perdón de sus culpas. Al poco tiempo murió llevando una vida ejemplar.